



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



033-07

A TRAVÉS DEL DESASTRE

Jacques Maritain

Transcripción del capítulo VII del libro del mismo título de 1941, en el que Maritain analiza la situación de Francia dominada por el nazismo.

Temerosos de que les atiborrasen el cráneo, los soldados franceses llamaban burlescamente a la presente guerra no ya “la última de las últimas”, como se llamó a la anterior, sino la “penúltima”, o, también, “la primera de las siguientes”. Quizá sean mejores profetas que sus mayores. Hasta donde la filosofía de la historia moderna permite avanzar previsiones, no caben pronósticos optimistas, al menos por algún tiempo. Si es cierto que la presente guerra no es sino un momento dentro de la liquidación de lo que Péguy llamaba el mundo moderno, y de un bloque de cuatro siglos de historia, es poco probable que un minuto de agonía, por devastador que sea, baste para llevar a cabo semejante liquidación.

Si es cierto que una de las mayores causas de nuestras catástrofes es la de haber descubierto que la potencia de la Máquina, aplicada no ya a “dominar a la naturaleza”, sino a dominar a la humanidad misma, a la materia humana, permite que algunos hombres, decididos a un desprecio absoluto de toda ley y una crueldad absoluta, se conviertan en superhombres y hagan lo que se les antoje con el resto del mundo, es poco probable que la labor de la conciencia humana y el esfuerzo de las energías creadoras para sobreponerse a dicha tragedia puedan conseguir que, esta vez, la máquina misma se someta al hombre; es decir, la codicia humana técnicamente convertida en capaz de todo, trocada en una razón colectiva más fuerte que el instinto – sin un período “de tanteos y de errores” – es más terrible para nuestra especie que la edad de las cavernas.

Cuando, a comienzos de la guerra, decíamos que Europa estaba ya salvada, creíamos saber un poco; no habíamos empezado a entrever realmente por qué sería preciso pasar por todo esto. Se veía claramente la necesidad de un desbrozamiento radical, y que las estructuras morales y político-sociales rígidas que bloqueaban el curso de la historia no desaparecerían por sí solas. Ahora empiezan nada más que a desaparecer. Antes de que ocurra (y para que ocurra) el renacimiento total, espiritual y temporal necesario, la razón debe prepararse a contemplar sin temor ruinas también totales y derrumbes inimaginables. Es preciso que la justicia de Dios se cumpla. El apocalipsis acaba de empezar. Debemos pensar que la liquidación, de la cual la presente guerra es nada más que un episodio, se llevará a cabo por etapas, con parpadeos de resurgimientos acaso maravillosos, pero que no durarán mucho, hasta el tiempo señalado para lo que el apóstol Pablo llama “la resurrección de entre los muertos”. En otra época, fue preciso que aquellos que se negaban a ceder ante la Bestia, tuvieran que descender a las catacumbas de la historia, y ahí inventaran inéditas maneras de resistir al mal.

Es así, con tales perspectivas, como yo pienso en mi pueblo y en su presente prueba. Pueblo humillado, pueblo extrañamente abandonado. Yo sé que el pueblo polaco, en medio de las inauditas torturas que le inflige un infernal y disciplinado sadismo, se halla más abandonado aún. Yo sé también que el pueblo judío está también más abandonado. Pero el abandono sufrido por el pueblo francés tiene caracteres más paradójales y, en cierto sentido, más

amargos. Anotaba yo más arriba, el inmenso esfuerzo de buena voluntad que hoy se advierte doquiera, en Francia. Ese esfuerzo no impide que el pueblo francés esté moralmente abandonado. No por mala intención, puesto que creen servir a la nación a su manera, sino por debilidad y por ilusión y porque se derrumbaban ellos mismos; sus conductores naturales (excepto los obispos), sus clases dirigentes y los depositarios oficiales de sus tradiciones lo abandonaron a sus propios recursos en el momento crítico. Todas las potencias de un enemigo que lo odia, encarnizadas en destruir su alma, lo rodean, tratan de penetrar en él, en herir su corazón. El nazismo lo quiere reducir no sólo a la impotencia y a la desorganización físicas; sino que pretende doblegar su espíritu. Sí, su espíritu es lo que quiere corromper. Para domesticar a Francia pondrá en juego todas sus energías. ¡Y contra tales huracanes de tinieblas se levantan leyes de papel y unos sueños de política “realista”!

Mientras tanto, el pueblo trabaja. No se abandona. Se curva sobre la tierra, sobre su tierra, y la trabaja. No será fácil llegar a la meta. Reducido a una impotencia total, que obliga a aceptar las peores humillaciones, va reencontrando poco a poco, en medio de esa misma impotencia, fuerzas ocultas entre sus raíces.

Porque se halla abandonado, porque se va a ir viendo cada vez más reducido a sí mismo, y a su laboriosa pobreza y a su esencia desnuda, nunca supimos que es posible y se debe tener confianza en él. Jamás creímos en su vocación, ni comprendimos que, en la etapa decisiva a que hemos entrado, esa vocación le es también necesaria al mundo.

Yo quería decirlo aquí, no por enaltecer a los míos, sino porque muchos los calumnian, y porque las presentes páginas están escritas para defender la verdad. Ese pueblo era – y siempre lo sigue siendo – el más civilizado, el más tolerante, el más hospitalario, el más pacífico, el más industrial, el más generoso para las labores del espíritu, el más espiritualizado a pesar de sus miserias, el más cristiano (aunque sin decirlo), el más apegado a la tierra y a la realidad, el más rico en recursos profundos, el más capaz de digerir el infortunio y de burlarse de los falsos dioses. ¿Creéis, acaso, que la ruina y el abandono, la propaganda y la Gestapo podrían, en unas cuantas sesiones, borrar cosas semejantes? En la época del tratado de Troyes y la Guerra de

Cien Años, el pueblo francés conoció un abandono semejante al de que ahora hablo. Pues, acabó sobreponiéndose. Los franceses digirieron y superaron las guerras de religión del siglo XVI, y, más, tarde, su propia Revolución. Bien sé yo que si la dominación nazi se estableciera sobre Europa y la paz alemana cayera definitivamente sobre Francia, ésta se vería sometida por mucho tiempo. Quizá ocurriría que, sin embargo, al cabo de uno o dos siglos, lograría disolver y transformar poco a poco y sobrepujar por fin semejante vasallaje. Pero, no podría ejercitar, durante un período histórico que será capital para la humanidad, ninguna acción esclarecedora y vivificante, y podría afirmarse, al menos por un largo lapso, que ella y su vocación estarían concluidas. Por esto, porque yo creo en tal vocación, por eso es que creo también, en definitiva y a pesar de todos los infortunios posibles, que la dominación nazi y la paz alemana no primarán sobre Europa y sobre Francia, y que la próxima fase de la inmensa revolución, en la cual ha entrado Europa, se caracterizará, no por el triunfo, sino por la quiebra de las dictaduras totalitarias.

La Alemania hitlerista ha actuado, doquiera, sobre las fuerzas disolventes, sobre las infinitas fuentes del mal y sobre la fragilidad de la conciencia. Hay que pensar que precisamente por eso mismo, será vencida. Los regímenes de disciplina mecánica no favorecen el desarrollo de la fuerza de los corazones. Si un día empiezan los reveses para los ejércitos del Führer, es posible que toda su potencia acabe en un derrumbe espiritual del pueblo alemán que él cree poseer.

Esperando que tal acontezca, el mundo vive en medio de un caos de tanta envergadura que a nadie le importa qué es lo que pueda sobrevenir para abrir camino a no se sabe qué. Es posible que, de la noche a la mañana, el lento renacimiento de las virtudes políticas del pueblo francés, en plena miseria, obligue a sus dirigentes, por medio de su presión interna, a que enderecen su política y aprovechen de cualquier circunstancia feliz para volver al país a su verdadero camino. Es posible que un acto de singular compasión del Dios que convierte el mal en bien y que se burla de la razón humana, se halle oculto entre las tinieblas de nuestra pesadilla; tal vez Él haya considerado que el holocausto francés de 1914-1918 fue suficiente, y esta vez, haya querido salvar, al menos, las reservas de la raza.

Si el pueblo francés continúa rehaciéndose, es posible que en el momento de suprema agonía de las naciones y de la última decisión, este pueblo haya recuperado poco a poco sus fuerzas Y se encuentre listo a volver a desempeñar su papel histórico. Es posible, también, que continúe el infortunio, que se agrave, que la humillación sea aun más baja. Es posible que el proceso de liquidación prosiga hasta que por fin – ¡pero cuándo, pues, Señor, y en qué rebajamiento! – las almas sobre las cuales pesa vuestra mano, más pesada que el mundo, escuchen vuestra humilde voz en el fondo de sí mismas, hasta que todo empiece de nuevo, partiendo de los últimos reductos de la sustancia humana. Estamos en una época, dentro de la cual parece que, en todos los puntos de la tierra, todas las causas deban implacablemente exprimir sus zumos hasta el fin, en que todo lo oculto se revela, en que todos los gérmenes de muerte agotan sus fuerzas y producen monstruosos abscesos. Pero, esto mismo encierra en su seno una esperanza, ya que el contingente del mal nunca es infinito. Eso mismo constituye, acaso, nuestra última esperanza. Y la última esperanza no puede fallar.

Pertenezco a un pueblo en el que la esperanza temporal está tan profundamente arraigada, que suele parecer consustancial. Como escribí en junio de 1940 – séame permitido reproducir mis palabras para terminar –, Francia cree de un modo irrenunciable en su vocación; es más fácil arrancar la piel a un francés, que despojarlo de tal fe. No es, por cierto, la fe teologal; no creemos en Francia por un acto de la virtud sobrenatural de la fe. Pero, esta fe en Francia no deja de tener relaciones con la fe teologal. El Papa Pío X lo sabía muy bien cuando prometió a Francia su resurrección, en términos que deseo repetir aquí: “Las culpas no quedarán impunes, pero no perecerá una hija de tantos méritos, de tantos suspiros, de tantas lágrimas”. Y, comparando a Francia con Saúl en el camino de Damasco, Pío X anunciaba que un día, el Señor, después de herirla, la levantaría diciéndola: “Anda, hija primogénita de la Iglesia, nación predestinada, vaso selecto; anda a proclamar, igual que ayer, mi nombre ante la faz de los pueblos y los reyes de la tierra”.

La Virgen vino a Francia más a menudo que a otros países. Francia tiene su símbolo activo y su sacramento temporal en una santa que no tiene par en otro pueblo: los católicos que juzgan a Francia con arrogancia o desdén, y que, frecuentemente cultivan, en sí mismos, una concepción de la religión misma

más política que evangélica, harían bien en reflexionar un rato sobre esto. Juana de Arco siguió lo que le dijeron los santos; Juana de Arco llevó a cabo la guerra para salvar un reino que ella había pedido a su rey dedicarlo expresamente al rey del cielo; Juana de Arco fue condenada como hereje y relapsa por sacerdotes políticos; Juana de Arco apeló al Papa – que “estaba demasiado lejos” según le respondieron sus jueces –; Juana de Arco tomó como testigo a la Iglesia triunfante y no dudó jamás de la Iglesia militante; y después de que fue reducida a cenizas, y que su corazón de virgen fue arrojado al Sena, la Iglesia militante la rehabilitó; y cuando las mayores amenazas de nuestra época se levantaron sobre Francia, la Iglesia militante la canonizó.

En el campo de la civilización terrenal y de las vocaciones temporales existe también, igual que con respecto al reino de Dios, promesas irrevocables. La que nos sirve de fundamento se halla inscrita en la experiencia espiritual de Francia y en los cimientos de su historia.